

## Capítulo X

Lithaell estaba apoyada en la pared de la estancia en donde se encontraba la ventana. Observaba las nubes de tormenta mientras caía una lluvia torrencial: Una bóveda de color gris plomizo, que parecía que fuera a desplomarse con violencia sobre la tierra, al ser sacudida con una descarga de luz. Los rayos de innumerables brazos se extendían iluminando parcialmente el cielo, como si estuvieran anunciando con atronadores trompetas el día del juicio de los muertos.

- Veo que se encuentra mucho mejor... ya puede mantenerse en pie – Miriamelle le acercó un vaso de cristal que contenía una dosis de pócima repugnante – es un buen síntoma... - Al no obtener respuesta decidió no andarse con rodeos - Bébase el reconstituyente está recién hecho – le insistió dándole suaves golpecitos con el vaso en el brazo.

- Es intragable, me dan náuseas – La expresión de fastidio de la herborista la irritaba, y por no oír una vez más su sermón sobre la salud y los beneficios de la medicina, se la tomó sin respirar.

- Eso es; muuuy bieeen – Dijo con un tono almibarado y ridículamente musical. Lo que la enervaba aún más que el fastidio de su semblante era su fingida deferencia. ¿Creía que hablaba con una niña? Podía ser perfectamente su bisabuela – y ahora vamos a dar un pequeño paseo por la estancia para ir recuperando la fuerza de las piernas – le quitó el recipiente de las manos y lo dejó en la mesa que había junto a Lithaell – veenga, no se haga la remolona, es por su bienestar... por su actitud se podría decir que no quisiera recuperarse – contuvo su lengua una vez más, mordiéndose los carrillos.

- No me quejaría tanto si pudiera hacerlo fuera de estas cuatro paredes.

- ¿Con este tiempo? Imposible. Además, todavía es muy pronto para aventurarse con distancias más largas.

Una vez más se dejó conducir por la cuidadora. No tenía energías para discutir. Anduvieron en círculos con lentitud. Las piernas parecían que estuvieran hechas de piedra, pesadas y rígidas; cada paso era un reto.

Además de haber perdido su destreza, sus extremidades estaban débiles y temblorosas, daba la sensación de que no pudieran sostener el peso de su propio cuerpo. Por ello, concentró toda su atención en ese sencillo acto de colocar un pie delante del otro, como si fuera la mayor proeza nunca soñada.

- Su majestad estará orgulloso de usted, sí señor... será la novia más perfecta que haya cruzado el templo de la luz. Sólo le falta recomponerse, está muy delgada – no pudo reprimir su cara de angustia al oírlo -.

- ¿Se ha anunciado ya los esponsales? – Su equilibrio se resintió por un instante al desconcentrarse – necesito tomar aliento...

- Por supuesto mi señora – dijo con algo de inquietud. La ayudó a sentarse en la cama para luego, continuar informándola sobre lo ocurrido – Se anunció a primeras horas de la mañana. Las buenas noticias no se hacen esperar. No se habla de otra cosa en el castillo. Se ha armado un revuelo como jamás se ha visto. Ya sabe, una noble no humana no es muy usual. Pero no se preocupe, cuando la conozcan se rendirán a sus pies. Por supuesto su majestad la ha defendido a capa y espada, es todo un caballero – añadió con presteza para quitarle relevancia al comentario, al interpretar finalmente su actitud y la expresión de su rostro como preocupación, y no como un empeoramiento de su salud - No quiero decir que la odien ni mucho menos, pero los nobles de la corte anhelaban casar a sus hijas, hermanas, cuñadas, primas o sobrinas con el rey; se hubieran ofrecido ellos mismos si eso fuera posible – acompañó su comentario jocoso con una risita - pura envidia supongo.

Entornaron la cabeza al escuchar que la puerta de la estancia se abría. Miriamelle se postró en una profunda reverencia, al entrar el soberano, sin levantar la vista del suelo. Lithaell se irguió desafiante. Le fallaron las rodillas y a punto estuvo de caerse.

- Déjanos – dijo el rey. Al levantarse la herborista le dio la mano a la semi elfa, como si la necesitara para levantarse. Luego la condujo a la silla que estaba junto a la ventana, para que se sentara y le colocó el traje para que no se arrugara, mientras le lanzaba una mirada cómplice. Quizás, no fuera tan detestable, pensó ella.

Bernark se quedó en pie y aguardó hasta quedarse a solas para comenzar a hablar, esperando con paciencia.

- Según me han dicho los herboristas tu estado ha mejorado considerablemente, me complace saberlo. Por ello, he dispuesto que comience tu educación. Es necesario que la futura reina domine a la perfección todos y cada uno de los idiomas y dialectos del reino, el protocolo, la etiqueta, la historia de Dassellnhom, la genealogía de las familias más destacadas, sus rangos... - Interrumpió el soliloquio al notar que no le estaba prestando atención – estás exultante, querida... tu entusiasmo es embriagador – Dijo con sarcasmo. Sin embargo, puso extremo cuidado en no mostrar desdén en su expresión-.

- No tengo ningún motivo de gozo, mi señor.

- Disiento en ese punto, como ya sabes. Alégrate amada mía, estás entrando en los anales de la historia – exageró la modulación de su voz dándole una sonoridad más afectada y teatral. Sonrió -.

- Da por hecho que me desposaré, pero aún no ha cumplido su palabra – *¿Amada mía? ¡Qué desfachatez!*

- Paciencia señora mía, paciencia.

- No le queda mucho tiempo más, se lo advierto. No tendré ningún cargo de conciencia al frustrarle los planes.

- No lo pongo en duda, pero no te angusties, no habrá necesidad – se tomó unos instantes para dominar su voluntad, para no comenzar un enfrentamiento dialéctico, tan frecuente entre ellos, y no desviarse de su propósito - Bien, aclarado este punto, sigamos con lo que estaba diciendo. El sabio Pott se ha ofrecido muy amablemente a ayudarte en la instrucción. Sé que no disponemos de mucho tiempo. Sin embargo, no dudo de tu inteligencia y sé que lo aprovecharás con diligencia. No me satisfaría que se levantaran voces en mi contra por haber elegido una consorte inadecuada...

- Aparte del asunto de mi raza

- Sí, aparte de tu condición de mestiza – dijo con sequedad - ¿Te he dicho alguna vez que eres redundante y monotemática? – Sus pupilas relampaguearon con ira unos segundos - Pronto serás presentada en la corte y espero que te comportes correctamente o, si no, seré yo quien rompa nuestro acuerdo; no lo olvides – cerró brevemente los ojos y respiró profundamente, para retomar su actitud distendida – hay otra cuestión relevante que me gustaría comentar contigo. Como sabes nuestra unión será bendecida por el Shedom en el Templo de la Luz de la diosa Ashed, sede principal del culto y religión mayoritaria del reino. Es una tradición ancestral que los monarcas de Dassellnohm se coronen y se casen allí. Pero para ello los dos tienen que procesar la misma fe. Por lo tanto, deberás asumir las creencias ashedianas.

Lithaell no mostró sorpresa pues se había imaginado que tal cosa pudiera ocurrir. Si no aceptaban a su raza como iguales, menos admitirían su cultura y creencias. Las gentes de Dassellnohm no eran conocidas por su transigencia.

- Me alivia que no sea motivo de enfrentamiento y que entiendas que es un gesto que te acercará a tu nuevo pueblo. Por supuesto, en la intimidad puedes adorar a quién te plazca, me es indiferente. Si te soy sincero, en la privacidad, no soy un ashediano practicante.

- La Gran madre cuida de sus hijos, entenderá que yo cuide de los míos – dijo más para sí misma que para Bernark – lo que no estará dispuesta es a renegar de Sain. Respetaré a su diosa, porque mi pueblo respeta las creencias de los demás: cualquier búsqueda de la perfección y la unión con la divinidad, es sagrada si se hace por amor.

La expresión de Bernark le mostraba que no entendía a qué se refería. Él no creía en nada, la fe era otro trámite más dentro de sus quehaceres como rey.

- Como gustes, querida. Tómallo como tú prefieras. Pero hazlo – la exasperación rezumaba en cada una de sus palabras-

Se analizaron unos instantes el uno al otro en silencio, midiendo sus fuerzas.

-¿A qué venían esos apelativos afectuosos?, pensó Lithaell. Fingir era inútil.

Bernark intentó serenarse. Su mente se sustrajo y recordó una conversación que habían mantenido, no hacía mucho tiempo, Lexort y él.

*“- Cuanto más recobra fuerzas, mayor es mi irritación. La detesto. Insoportable, pedante y cargante, arpía. Me encantaría retorcerle su blanco cuello hasta oírlo chasquear entre mis manos.*

*- Calma, mi señor. Esta es una proeza de resistencia, administre bien sus fuerzas, pues las va a necesitar.*

*- Sí, me lo puedo imaginar. ¿Qué crees que ocurrirá cuando intente cohabitar con ella? ¿Violentarla a golpes? Intento ser paciente, flexible, amable; aunque cada vez que abre la boca desearía cerrársela para siempre. ¿Qué más puedo hacer para minar su resistencia?*

*- Los gestos son esenciales. Analice, majestad, qué le agradaría; algo que le haga olvidar su mal humor y su rechazo hacia vuestra excelencia”*

Gestos que lograran variar su ánimo; que la hicieran olvidar que estaba allí contra su voluntad.

- Mi señora, disculpa mi tono. Ha sido de lo más inapropiado – dijo de la forma más sencilla y sincera que podía. Sin efectos de voz, sin arrogancia. Lithaell lo miró con escepticismo – Entiende que lidiar contigo y con el mundo llega a exasperarme. Lamento que la situación entre nosotros no sea mejor.

- Eso lo ha propiciado usted con...

- Ciertamente, soy el culpable de esta situación – la interrumpió antes de que cogiera carrerilla – y por ello para resarcirte, dentro de los límites acordados por nosotros, pídemelo lo que quieras – ella fue a tomar aire para hablar, pero él la volvió a interrumpir – las pruebas que me exigiste están en camino, eso te lo prometo. Pide algo para ti...

- Salir de este encierro.

- Sea

Ante la mirada atónita de su interlocutora, él de forma delicada, que no complaciente, le explicó que para poder cumplir su palabra, debía antes ser presentada de forma oficial ante la nobleza. Acto seguido, después de ese pequeño trámite protocolario, le prometió que su oferta se haría efectiva. Es más, que sería ella quien tomara la decisión de cuando deseaba hacerlo, quedando enteramente en sus manos, el tiempo que tardaría en salir de su estancia y caminar libremente por el palacio. Y cuando su salud lo permitiera, pasear por la ciudad.

- Mañana por la mañana.

- Me parece buena idea... entonces, le comunicaré al sabio que hoy mismo comience sus enseñanzas ¿Te parece? Así, te encontrarás más confiada, sabiendo sus nombres y los pormenores de la vista.

El silencio se hizo cuando dos golpes de bastón y la voz del chambelán anunciaron su presencia.

- El rey Bernark de Dassellnohm y su futura consorte, Lithaell de Inerduim.

Apoyaba su mano sobre el brazo de él para no perder el equilibrio mientras se deslizaba por la alfombra azul con lentitud. Los nobles, apostados a ambos lados de la sala formando un amplio pasillo, fueron inclinándose a su paso. Se alzaron cuando subieron la escalinata y se quedaron de pie delante de sus respectivos tronos de cara a la sala, uno al lado del otro.

- Excelencias, he aquí la dama Lithaell, hija de Ciandyell y Omaek de Inerduim, futura reina del reino de Dassellnohm - Los asistentes al consejo contuvieron el aliento por unos segundos. A destiempo se postraron en una profunda reverencia - y dad la bienvenida a una nueva etapa de la historia, que hemos de recorrer juntos, en paz y armonía.

-Alzad os, excelentísimos señores – dijo ella con convicción y firmeza – me honran con vuestra presencia en estas cortes

Cogió aliento y determinación para comenzar el discurso, que tantas horas había dedicado en aprender. Recordó cada una de las especificaciones que le había sugerido el sabio Pott, y pidió a Sain para que se desarrollara según las normas establecidas.

- Como futura reina consorte de nuestro reino bien amado, me comprometo ante vuestras señorías a cumplir mi deber de servir a Dassellnohm. Afirmo solemnemente, que todo mi empeño y acciones de mi voluntad se encaminarán a cometer este juramento. Ruego a la diosa Ashed que guíe mis pasos en este afán, para actuar bajo su gracia...  
-Las palabras fluyeron a través de ella como agua cristalina y serena.

Al terminar la perorata, unos minutos más tarde, inclinó la cabeza como exigía el protocolo y exclamó:

- ¡Por la tierra y el honor! – A lo cual todos respondieron con la misma fórmula.

- ¡Por la tierra y el honor!